

INTRODUCCIÓN

La publicación presente tuvo su origen en el proyecto de investigación interuniversitaria, del cual es culminación y resultado: un proyecto financiado por la Unión Iberoamericana de Universidades en su convocatoria II-2019 que, con sede en la Complutense de Madrid, reunía investigadores de cuatro centros internacionales más —Universidad de Barcelona, Universidad de Buenos Aires, Universidad Nacional Autónoma de México y Universidad de Río de Janeiro—.

La finalidad central del mismo se dirigía a analizar los procesos de transferencia de conocimientos, escrituras, técnicas y patrimonio entre el Nuevo y el Viejo Mundo en los siglos XVI y XVII, así como los fenómenos de adaptación, simbiosis y mestizaje que experimentaron con vistas a su integración en el archivo europeo e indiano. De acuerdo con esta hipótesis de partida, en lo que a los objetivos generales se refiere, el proyecto quería fomentar el interés hacia la producción estética colonial en las universidades que lo integraban y consolidar y volver representativa la posición de todas ellas en dicho campo de conocimiento. Pero también para dar respuesta a la importante dimensión docente del tema investigado que la convocatoria estipulaba como uno de sus requisitos, pretendía crear una cantera de doctorandos interesados y favorecer la movilidad académica, así como el intercambio investigador entre los organismos participantes, promoviendo colaboraciones de excelencia y de larga duración con los grupos de investigación de las cinco universidades socias, con la voluntad última

de facilitar y promover un discurso crítico sobresaliente junto a herramientas de análisis del área en cuestión.

En cuanto a los objetivos específicos, el proyecto listaba entre sus aspiraciones el estudio y la puesta en cuestión de la bibliografía crítica en torno al término “transferencia”, estableciendo su pertinencia epistémica como instrumento cooperante a la construcción del archivo colonial. Resultaba imprescindible para este propósito partir de una definición común del concepto de archivo que se trabajaría en un sentido amplio, no solo en tanto repositorio de documentos y de dispositivo para la imposición del poder imperial, sino en las acepciones de “lugar de la memoria” y de “metáfora epistémica” que permite la interpretación “arqueológica” de los saberes. Del mismo modo, el fenómeno de transmisiones que lo conforman se iba a contemplar desde los dos lados y las dos direccionalidades de los ámbitos implicados, buscando pertrechar a la investigación de modelos epistémicos que pudieran cubrir la diversidad compositiva de estas escrituras transferidas. Esta orientación permitió hacerse con una primera estadística de intercambios con la que detectarlos en aquellos géneros y testimonios donde estos se producían de un modo continuo, a fin de cartografiar las isobaras de la transferencia. Gracias a ello obtuvimos una reflexión más certera acerca del corpus ya seleccionado, que se amplió progresivamente en el curso de las investigaciones.

En paralelo se buscaba un diagnóstico de las adaptaciones y metamorfosis de los saberes y las técnicas en su aplicación a la realidad indiana, percibiendo si esas adaptaciones servían al dispositivo del poder o bien a las dinámicas de resistencia de los conquistados. Poco a poco se perfilaron ámbitos especialmente potentes en lo que competía a la investigación propuesta como la *traslatio clásica* y la aplicación de la retórica humanista en el ejercicio de la promoción imperial y religiosa o el empleo de estereotipos, metáforas y mitos que, ubicados dentro de espacios paganos y clásicos, ayudaran a la conformación de un pensamiento criollo incipiente en los virreinos.

De todo este camino emprendido quiere dejar constancia este volumen de contribuciones entre cuyas constataciones cabe subrayar la consideración de la transferencia como un fenómeno que no afecta únicamente a espacios letrados, de alta rentabilidad culta, ni se producen solamente entre iguales eruditos que debaten cuestiones de implicación estética, como el circuito diseñado alrededor de Sor Juana y

Carlos de Sigüenza y Góngora en la Nueva España más sofisticada y selecta para el ámbito de los préstamos y los trasvases. Dos artículos en este libro se centran en dicho circuito: el trabajo de Beatriz Colombi y el de Rolena Adorno. En el caso de esta última, su capítulo estudia las discrepancias entre las dos figuras más importantes del barroco mexicano, centrándose en el proceso de interpretación del mundo intelectual criollo europeizante y su conexión con la antigüedad mexicana.

La aportación de Beatriz Colombi, en cambio, se desarrolla en dos pasos: el análisis de la primera biografía de sor Juana que firmara el jesuita Diego Calleja para *Fama y obras posthumas*, enfocando los silencios que contiene como vestigios de una falta en el archivo, y la interesantísima edición crítica de la misma.

Descendiendo a la arena social, el intercambio puede tener lugar en el “común de la gente” y entonces se ve sujeta al mismo silenciamiento en que se confunden las voces de la plebe. Por ello, es imprescindible devolverlas a la luz y a la operatividad de su presencia dentro de los estudios virreinales, como se propone Loreley El Jaber. En su caso es el aparato judicial, su sistema de anulación y secretismo lo que se transfiere a Indias, junto con su proceso de imposición que registra, opaca y en ese mismo movimiento consigna.

La transferencia temprana de noticias sobre el Nuevo Mundo a toda Europa revela el interés público y notorio en torno a la realidad recién descubierta, en cuya descripción ocupa una notable función lo etnográfico. Trazar estos itinerarios y, en concreto, el que nos lleva del licenciado Zuazo a las prensas alemanas es el foco sobre el que pivota la investigación de Paloma Jiménez del Campo. De igual forma, Mercedes Serna se interesa por la *Relación de las antigüedades de los indios* de Ramón Pané y las reinterpretaciones eruditas y escolásticas que sobre él perpetraron Las Casas o Pedro Mártir entre otros, mientras que Ana Guillamón analiza el flujo de circulación que alimenta la codicia de especias y de oro en el libro XXIX de la *Historia general y natural de las Indias* de Gonzalo Fernández de Oviedo.

En todos los casos se sopesa el juego de tensiones que la transferencia desencadena en el archivo colonial, a menudo en desequilibrio crispado con la composición del corpus. Junto a ello otras dialécticas, las que separan por ejemplo autor y escritura o las que escinden y enfrentan relato y secreto son el foco de investigación emprendido

por Valeria Añón con el complejo y demediado conjunto documental generado en torno a la figura de Hernán Cortés.

Siendo el préstamo el objetivo de estos estudios, no podíamos obviar las repercusiones globales a cuya dilucidación aquél nos obliga. Así, la exigencia de trasvasar el terreno de la transferencia desde su vínculo con el imperio de Felipe II hacia otras formas de traslado, ocurrido en concomitancia con otros géneros menos estudiados para esta temática —como es el caso del *Coloquio de los cuatro últimos reyes de Tlaxcala* que indagan Aurora González y Horacio Almada—. Pero, también, con lenguas como la portuguesa o la inglesa, en lo que se enfocaron los artículos con que Adma Muhana, en el primer caso, o Juan Manuel Díaz Ayuga, en el segundo, contribuyeron a la publicación presente. Igualmente, el capítulo dedicado por Esperanza López Parada a la transferencia a las Indias de un saber como el etimológico implica abrir las fronteras de su estricta consideración especializada a lo que se entendía en la época, en tanto técnica universal y perceptible en todos los pueblos que como tales se preciaran.

De acuerdo con lo dicho, el presente libro se abre con una relación intelectual entre dos sabios criollos. Al final del análisis de la misma, Rolena Adorno apuntaba otro ejemplo en el que antigüedad nativa y erudición imperial alcanzaban, si no un acuerdo, al menos una forma de cooperación: el caso peculiarísimo y asombroso del Inca Garcilaso de la Vega, modelo él mismo de viaje y traslado cultural, emocional y lingüístico.

Resulta un final adecuadísimo para este volumen colectivo la aportación que realiza José Antonio Mazzotti, en la cual y basándose en alegatos, memoriales, cartas y documentos diversos y con punto de partida en los *Comentarios reales*, se encarga de dilucidar cómo la transferencia de los saberes, operando en diferentes registros, puede servir a la vez de estrategia de resistencia y de adaptación a la reinvencción de nuevas identidades colectivas.

Un final adecuado, creemos, pero que no cierra el debate ni cancela la cuestión que nos reunió en torno a la investigación descrita, cuestión cuyos coletazos llegan hasta hoy y deben concitar sin duda futuros acercamientos.

Esperanza López Parada
Madrid, noviembre de 2022

DE LA EXPRESIÓN DE LO AUTÓCTONO
EN LA OBRA DE RAMÓN PANÉ
A SU OCCIDENTALIZACIÓN CON PEDRO
MÁRTIR, BARTOLOMÉ DE LAS CASAS
O GONZALO FERNÁNDEZ DE OVIEDO.
DEL *CEMÍ* A LAS ESTATUAS

MERCEDES SERNA ARNAIZ
Universidad de Barcelona

RESUMEN

Ramón Pané, ermitaño de la orden de los jerónimos, es considerado por su obra *Relación de las antigüedades de los indios*, finalizada en 1498, no solo el primer cronista del Nuevo Mundo, sino también el primer evangelizador, antropólogo, etnólogo, extirpador de idolatrías y alfabetizador del territorio americano. Nuestro propósito es analizar la *Relación de las antigüedades de los indios*, considerada la primera fuente, y la más completa, acerca de las creencias de los taínos, y las distintas lecturas o interpretaciones que de dicho texto han realizado Pedro Mártir y Bartolomé de las Casas, entre otros. Nuestra tesis es que en tanto Pané da una información objetiva sobre los ritos antillanos, los textos que le siguen cronológicamente se caracterizan por la incorporación del imaginario cultural europeo. Al poblar el texto de Pané de la erudición latina y el proceder escolástico —sobre todo, bajo la pluma de Pedro Mártir y Las Casas— lo desvirtuaron y occidentalizaron. No cabe duda de que, a juicio de estos humanistas, su saber latino no solo mejoraba el texto en su interpretación, sino que lo ennoblecía. De ahí la poca consideración que tuvo, en concreto, el obispo de Chiapas por el ermitaño Pané y por su *Relación*. La simpleza de este, su naturalidad, la ausencia, en su texto, de analogías, citas y referencias a los libros de autoridad o autores clásicos le valieron el menosprecio de su obra y tal vez el flagrante olvido. Ni siquiera en

algunas ocasiones Pané fue citado, aunque sí utilizado y copiado. Pané quedaría excluido de la ciudad letrada.

Palabras clave: imágenes, *cemí*, Pané, Las Casas, Pedro Mártir, transposición, identificación.

ABSTRACT

Thanks to his *Relación de las antigüedades de los indios*, completed in 1498, the *jerónimo* Ramón Pané is considered not just the first chronicler of the New World, but also the first evangelizer, anthropologist, ethnologist, *extirpator of idolatries*, and the first promoter of literacy in the Americas. This paper analyses Pané's *Relación*, the first complete text on the beliefs of the Indians of the Antilles, and the various readings and interpretations of the work made by Pedro Mártir, Bartolomé de las Casas and other chroniclers. We propose that while Pané offers an objective vision of the rituals of the Indians, the accounts that followed him reflect the imprint of the European cultural imaginary. By introducing Latin scholarship and scholastic precepts into Pané's text, the chroniclers (above all, Pedro Mártir and Las Casas) distorted and westernized it. These humanists doubtless believed that their erudition not only improved the text in its interpretations but also ennobled a work that they saw as deficient – hence the bishop of Chiapas's disregard for the hermit Pané and his *Relación*. The simplicity and naturalness of the text, and the absence of analogies, citations and references to the works of classical authors meant that the *Relación* was first treated with contempt, and then consigned to oblivion. Pané's texts were used and copied, but often without acknowledgement; ultimately, he was excluded from the city of letters.

Keywords: images, *cemí*, Pané, Las Casas, Pedro Mártir, transposition, identification.

Ramón Pané, ermitaño de la orden de los jerónimos, es considerado por su obra *Relación de las antigüedades de los indios*, finalizada en 1498, no solo el primer cronista del Nuevo Mundo, sino también el

primer evangelizador, antropólogo¹, etnólogo, extirpador de idolatrías y alfabetizador del territorio americano. Nacido en el segundo tercio del siglo xv, en algún lugar de Cataluña, vivía en el monasterio de Murtra, Badalona, cuando Cristóbal Colón se reunió allí con los Reyes Católicos para preparar el segundo viaje. Pané acompañaría al Almirante en dicho viaje, el cual partió de Cádiz el 25 de septiembre de 1493. Frente al primer viaje de descubrimiento, este ya se perfilaba como un viaje de colonización y evangelización, pues en él fueron, según nos informa Consuelo Varela, 1.500 personas repartidas en 17 barcos, y con varios religiosos a bordo (cinco franciscanos: los legos Juan de Leudelle y Juan Tisin y los españoles fray Juan Pérez de la Rábida, fray Rodrigo Pérez y fray Antonio de Marchena); tres mercedarios, el ermitaño Ramón Pané y el vicario apostólico por el papa Alejandro VI, fray Bernardo Buil (Varela, 2006a: 35). La flota en la que iba Pané llegó al fuerte de Navidad el 28 de noviembre de 1493 y se dirigió por la costa hacia la Isabela, donde desembarcó el 2 de enero de 1494.

Siguiendo las palabras del propio autor, Pané estuvo primero en la Magdalena (Macorix) con el cacique llamado Guanaoboconel, en una fortaleza que mandó construir Cristóbal Colón, en compañía de Artiaga y donde se hablaba una lengua minoritaria. Nos cuenta el jerónimo que, hallándose allí, fue Colón en socorro de Artiaga y de algunos otros cristianos asediados por los súbditos del cacique principal Caonabo. La rebelión de los indígenas y la llegada de Colón a la Magdalena sucedieron a finales de marzo de 1495. Fue entonces, según relata Pané, cuando Colón le mandó que fuera a la fortaleza de la Concepción, con el cacique Guarionex, señor de la Managua, para que aprendiera una lengua más general, el taíno. El Almirante perseguía con esta misión que Pané se —y le— informara acerca de las creencias e idolatrías de los aborígenes para su mejor extirpación,

1. Hay disensiones sobre si debe considerarse a Pané antropólogo del Nuevo Mundo, por cuanto, tal como estudia Cattán (2018: 37-56), no hay ninguna duda de que el jerónimo tan solo pretendió conocer los mitos taínos para mejor extirparlos. En este sentido, Cattán se aleja de las tesis de López Baralt (1992: 73) o Solodkow (2008: 237-259). No es este el tema de interés del presente trabajo y por lo tanto no vamos a entrar en discusiones, aunque no está de más señalar que no deberíamos reinterpretar textos del pasado bajo conceptos historiográficos, culturales y literarios actuales.

pues las bulas obligaban a los reyes a proteger y evangelizar a la población indígena².

Pané estuvo con Guarionex casi dos años. Es durante su estancia en dicho cacicazgo, entre 1495 y 1496, cuando debió de obtener los informes sobre las creencias de los taínos que comprendería su obra, *Relación de las antigüedades de los indios*, la cual terminó de escribir hacia 1498. Posteriormente, tal como explica él mismo, viendo que Guarionex no tenía buena disposición para recibir el evangelio, decidieron él y sus compañeros marcharse a donde mejor fruto pudieran obtener, asentándose en el cacicazgo de Mabiatué, quien, al parecer, deseaba ser evangelizado. Pané fue uno de los que testificaron, en 1500, en el juicio contra Cristóbal Colón. A partir de ahí se pierde toda huella del ermitaño, sin que hasta la fecha podamos saber ni tan siquiera si volvió a Europa o murió entre los indios.

Menos misteriosa, aunque tampoco se libra de algunas conjeturas, es la historia del original de la *Relación de las antigüedades de los indios*. El manuscrito hasta hoy sigue perdido. Como era una relación que Colón encargó a Pané, este tuvo que entregársela, aunque no sabemos en qué fecha lo haría. Arrom cree que fue durante el tercer viaje de Colón, entre 1498 y 1500, y que el Almirante se lo llevaría de vuelta a Europa en 1500. Defiende Arrom que es a partir de esta fecha cuando Pedro Mártir cita el texto de Pané y no antes. Mártir, según Morison, se quedó tan admirado de la *Relación* que la compendió en una epístola en latín que forma parte de la *Década primera* y que se publicó, traducida al italiano, en 1504 (Morison, 571). Bartolomé de Las Casas fue otro de los beneficiados de la obra de Pané. La consigna en su *Apologética*, en los capítulos 120, 166 y 167. Asimismo, el manuscrito fue incluido en el capítulo LXI de la *Historia del almirante Don Cristóbal Colón, por su hijo don Fernando*³. La obra de Hernando Colón, de finales de los treinta, quedó

-
2. Desde la llegada de Colón con noticias sobre el oro que había en el Nuevo Mundo y la idea de evangelizar a sus habitantes, los Reyes Católicos buscaron afanosamente un título que confirmara el dominio de esas nuevas tierras, especialmente a causa de la rivalidad con Portugal. Así, Alejandro VI promulgará una serie de bulas por las que concederá a los Reyes Católicos los territorios descubiertos por Colón, a condición de su compromiso a la evangelización de sus habitantes y a protegerlos y educarlos en las buenas costumbres.
 3. Hasta que no se encontró el manuscrito de la *Historia de las Indias* de Las Casas, donde dice copiar al pie de la letra lo dicho por don Hernando Colón, se ha

inédita al morir su autor en 1539. El manuscrito pasó a la esposa de Diego Colón, María de Toledo, y, posteriormente, al hijo de ambos, Luis Colón. Este, sobrino de Hernando Colón, nacido en Santo Domingo, durante una estancia en la metrópoli, entre 1551 y 1567, recibió el manuscrito y se lo entregó a Giuseppe Moletto⁴, italiano de Venecia. Moletto, quien redactaría un prólogo de elogio a la figura de Hernando, lo donó a Alfonso de Ulloa, difusor de las letras castellanas en Italia, secretario de Diego Hurtado de Mendoza y grande del círculo humanista. La versión de Ulloa se imprimió en Venecia, en 1571. Por lo tanto, con respecto a la *Relación de las antigüedades de los indios*, solo contamos con el resumen en latín de Pedro Mártir (Mártir conoce y resume la *Relación* entre 1500 y 1504), el de Bartolomé de Las Casas, en español (de mediados del siglo XVI), y la traducción al italiano de Alfonso de Ulloa. La primera versión en español es de 1749, editada en Madrid, por González Barcia.

¿Por qué incluye Hernando en la *Historia del almirante Don Cristóbal Colón* la *Relación* de Pané? ¿Cuáles son sus motivaciones? Hernando decide escribir la biografía de su padre en el momento en que la fama del descubridor se pone en entredicho. La Corona quería recortar los desmedidos privilegios y concesiones que había otorgado al Almirante. Don Hernando —para 1511 el virreinato de su padre se había limitado a las Antillas— fue el que más peleó para que se conservaran tales privilegios en su forma original. A ello, como señala Antonio Rumeu de Armas, se unió la mala suerte de que Oviedo, en su *Historia* de 1535, había notificado que las Antillas pertenecían a la

atribuido la *Historia del almirante Don Cristóbal Colón* a muchas otras plumas, como al propio Las Casas, al nieto de Colón, Luis, o a Pérez de Oliva.

4. El prólogo de José Moletto va dirigido a Baliano de Fornari. Señala José Moletto que la hazaña de Colón está a la altura de todos aquellos descubridores que los antiguos pusieron al nivel de sus dioses, Saturno, Apolo, Hércules, Mercurio o Júpiter. Entiende que la figura de Colón es providencial. Aquí explica las manos por las que pasó el original: de don Luis Colón a Baliano de Fornari quien fue de Génova a Venecia con el propósito de imprimir el libro, tanto en lengua castellana, en la que fue escrito, como en la italiana, pero dadas las ocupaciones de Baliano se encargó de la tarea el señor Juan Bautista de Marino y este se lo pasó a Moletto (Pané, 1974: 23-25). Moletto convino la traducción con el español emigrado Alfonso de Ulloa. Asimismo, hay un proemio del autor, Hernando Colón, confirmando la veracidad histórica de lo que cuenta sobre su padre y con el motivo de que quede para la historia tanto sus memorias como “el maravilloso descubrimiento que hizo del Nuevo Mundo y de las Indias” (Colón, 1974: 26).

Corona española desde época remotísima (desde hacía más de 3000 años) (Rumeu de Armas, 1973: 8-10). El libro de Hernando pretende refutar tales atribuciones, así como lo que había escrito el genovés Agustín Giustiniani (*Castigatissimi Annali*, 1537) acerca de la condición humilde de los Colón. La *Historia del almirante Don Cristóbal Colón* no se publicó hasta 1571 y no sabemos los motivos. Pudiera ser por la enfermedad del autor, la muerte o simplemente porque no convenía. En la biografía, el autor arremete contra las ideas de Oviedo; por otro lado, sabemos que el texto es poco fiable y que posiblemente no todo está escrito por Hernando, al decir de Rumeu de Armas (1973: 23)⁵. El autor incluye en su obra la *Relación* de Pané como una prueba más de la buena actuación de su padre en la empresa colonizadora. Esto es importante porque, como veremos, la *Relación* se contradice con las declaraciones que el propio Pané hará en el juicio de Bobadilla con respecto a la figura de Colón y de sus actuaciones sobre el bautismo de los indios. De esta manera, si en la *Relación* (que, no lo olvidemos, tenía por destinatario a Cristóbal Colón y que se escribió por orden de este) Pané deja bien la figura del Almirante, en el juicio actuaría de forma contraria, acusándole de impedir el bautizo de los indios.

La *Relación* de Pané, como hemos dicho, está incluida, casi sin anunciar (no aparece ni en el índice del libro), en la *Historia del almirante Don Cristóbal Colón*, concretamente en el capítulo 62, que lleva por título “De algunas cosas que vieron en la isla Española, y de las costumbres, ceremonias y religión de los indios”. Previamente, aparecen las transcripciones hernandinas del *Diario* de su padre sobre algunas informaciones de los taínos como sus creencias, si tienen o no secta, sus ídolos o *cemíes* o el sistema de cacicazgo, así como acerca de las tres piedras que poseen los caciques (para los cereales, para que las mujeres paran y para el agua y el sol), la manera de sepultar a los

5. Según Rumeu de Armas, la primera parte (hasta el capítulo XV) no es obra de Hernando por ser una biografía engañosa, ficticia, plagada de erratas, invenciones y anacronismos. La segunda parte sí es obra suya. Las Casas la resume entera en su *Historia de las Indias* sin ningún espíritu crítico. La segunda parte también la resume, pero continuamente habla de Hernando como el autor de esta parte. El autor de esta exaltadora biografía sería alguien cercano a la mujer de Diego Colón, doña María de Toledo, según Rumeu de Armas, y el refundidor de las dos partes, alguien cercano a Luis Colón (1973: 24 y 25).